

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ
LA COLMENA CIENTÍFICA
○ EL CAFÉ DE NEGRÍN

teatro



LA COLMENA CIENTÍFICA
O EL CAFÉ DE NEGRÍN



José Domingo Hernández Guerra, Juan Negrín, Severo Ochoa (primero, cuarto y séptimo por la izquierda) y Felisa Martín Bravo, primera doctora en Física, con otros compañeros en los jardines de la Residencia de Estudiantes. Fotograma del documental *¿Qué es España?*, de Luis Araquistáin, 1929. (Instituto Valenciano de Cinematografía Ricardo Muñoz Suay, IVAC-La Filmoteca)

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

La colmena
científica
o
El café
de Negrín

Obra escrita
con motivo de los cien años
de la Residencia de Estudiantes



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Este libro ha sido editado con la colaboración de



Primera edición, 2010



Segunda edición, 2021

- © Del prólogo y la obra *La colmena científica*: José Ramón Fernández
- © del texto de Ernesto Caballero: Ernesto Caballero
- © de los dibujos de la escenografía: Curt Allen Wilmer
- © de las fotografías de la representación: David Ruano
- © de esta segunda edición: Amigos de la Residencia de Estudiantes, 2021

Diseño: Montse Lago ● Corrección de textos y coordinación
de la edición: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes ●
Impresión: Brizzolis, arte en gráficas ● ISBN: 978-84-949650-2-9
● Depósito legal: M-19811-2021 ● Impreso en España

ÍNDICE

Presentación de la segunda edición

9

Prólogo del autor

17

LA COLMENA CIENTÍFICA O EL CAFÉ DE NEGRÍN

ESCENA 1

37

ESCENA 2

45

ESCENA 3

69

ESCENA 4

105

ESCENA 5

125

ESCENA 6

155

Memoria de la representación

177

El Pabellón de Laboratorios
de la Residencia de Estudiantes,
bautizado por José Moreno Villa
como Transatlántico, visto desde
la calle Pinar, años treinta.
(Residencia de Estudiantes, Madrid)



«Entre sorbo y sorbo, oyendo las anécdotas del día, podíamos ojear libros y revistas recientes. La información que allí se recibía era de primer orden, como seleccionada por nuestro anfitrión, don Juan Negrín, que colmado de lauros académicos acababa de regresar de Alemania».

(José Puche, «El Laboratorio de Fisiología»,
Residencia, México, diciembre de 1963)

Esta pieza teatral, que en 2011 recibió el Premio Nacional de Literatura, fue pensada y publicada con motivo del centenario de la Residencia de Estudiantes en 2010 para difundir y compartir con el público una parte esencial de su legado: la labor que desarrollaron entre 1925 y 1936 sus laboratorios científicos, entonces pioneros en algunas especialidades. La iniciativa dio lugar a que, por primera vez, la vida de uno de estos laboratorios de la Residencia, el de Fisiología, fuera recreada en una obra de teatro que se estrenó a finales de ese año 2010 en el Teatro María Guerrero, sede del Centro Dramático Nacional, continuó su gira por numerosas provincias españolas y llegó a París. El libro que se publicó con la versión escrita

(más larga) de la obra tuvo tan buena acogida que, aunque se editaron traducciones en otros países, en español llevaba años agotado. Afortunadamente, la colaboración del Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática ha permitido hacer realidad esta esperada segunda edición.

Cuando la Residencia de Estudiantes estaba diseñando el programa de su centenario, muy pronto tomó forma la idea de que una representación teatral sería el vehículo idóneo para dar a conocer y acercar al público facetas de su historia de las que mucha gente sabía poco y que, sin embargo, habían sido básicas para el éxito del proyecto educativo y cultural de la Residencia hasta 1936. Enseguida se decidió también que la obra estuviera basada en la tertulia que cada día después de comer tenía lugar en el Laboratorio de Fisiología de la Residencia, dirigido por Juan Negrín, en los años veinte y principios de los treinta. Una tertulia espontánea a la que acudían a diario un grupo de amigos residentes, no todos científicos, para tomar un café muy cargado, «al

estilo canario», y, a la vez, charlar sobre las anécdotas del día, comentar alguna novedad editorial o hablar tanto de avances científicos como de cualquier otro aspecto de actualidad.

Desde el primer momento el director del Centro Dramático Nacional (CDN), Gerardo Vera, y su asesora, Isabel Navarro, acogieron con entusiasmo y generosidad la invitación de coproducir la obra con la Residencia, y trabajaron personalmente con Alicia Gómez-Navarro y José García-Velasco en esta propuesta, que se terminó de perfilar en la primavera de 2009. Siempre agradeceremos la afectuosa complicidad y la fina inteligencia con las que Gerardo Vera contribuyó al proyecto. Que girara en torno al ámbito científico y menos conocido de la Residencia se consideró el mayor logro y lo que daba un carácter de novedad a esta obra, a la que Isabel Navarro, con la mayor naturalidad, se refería como *El café de Negrín*, título que más tarde, y a la manera ilustrada, vincularía el autor al principal (*La colmena científica*). La Residencia y el CDN —a propuesta de este

último, hecha con mucho tino, por cierto— decidieron encargar la escritura de esta pieza al dramaturgo José Ramón Fernández, que pasó varios meses documentándose sobre la historia de la Residencia y sus laboratorios, y sobre la vida y personalidad de cada uno de los personajes que aparecen en su obra. Leyó (o releyó) posiblemente todas las monografías y testimonios que existen sobre esta casa, consultó los fondos de su Centro de Documentación, recorrió los edificios y jardines imaginando cómo habrían sido en su origen, estudió de cabo a rabo las imágenes del documental *¿Qué es España?* (las únicas en movimiento que se conservan de la vida en la Residencia y de la actividad de sus laboratorios)... Gracias a la intensidad y la pasión con que José Ramón Fernández se impregnó de todo lo relacionado con la Residencia, *La colmena científica o El café de Negrín* ha logrado algo que no es nada fácil: transmitir no sólo la historia, sino lo que hay detrás, el alma de la Residencia, el espíritu de aquella casa en la que la interrelación de las artes y

las ciencias, la apertura al exterior, el diálogo entre generaciones o el entendimiento entre tradición y modernidad eran algunos de los signos característicos de su vida cotidiana. Y es que las tertulias que tenían lugar en el laboratorio de Negrín son un buen ejemplo del ambiente que se respiraba en aquella Residencia. En él se reunían maestros como Juan Negrín o Paulino Suárez con discípulos como Severo Ochoa, Francisco Grande Covián o José García Valdecasas, tutores de la Residencia como el poeta y pintor José Moreno Villa, el escritor Miguel de Unamuno o el pedagogo Ángel Llorca con otros residentes como, esporádicamente, el músico Jesús Bal y Gay o el poeta Federico García Lorca. En ocasiones se sumaban también a las tertulias algunos de los conferenciantes ilustres que, procedentes de todo el mundo, llegaban a la casa a dar a conocer su obra. En su libro *Vida en claro*, José Moreno Villa lo recuerda así: «Beceña, Pascua, don Paulino y yo nos reuníamos con Guerra después de las comidas a tomar café en el laboratorio de Negrín, que

sólo alguna vez concurría. Hacíamos un café perfecto e invitábamos algunas veces a los famosos personajes que pasaban por la Residencia: Unamuno, Frobenius, Le Corbusier, Max Jacob, etc. Durante los veranos concurría también don Blas Cabrera».

Si José Ramón Fernández ha sabido recoger en esta obra el espíritu de la Residencia, no menos lo lograron captar y transmitir quienes trabajaron en su puesta en escena. Desde la dirección de Ernesto Caballero, hasta el diseño de la escenografía ideado por Curt Allen o la interpretación de los actores, parece que todo se combinó y compenetró de la mejor forma posible para conseguir recrear el mundo de aquella Residencia. Un resultado tan brillante no habría sido posible sin el trabajo en equipo y sin el interés individual que puso cada uno de los involucrados en este proyecto. Tanto el texto como la representación se beneficiaron de las observaciones, opiniones y sugerencias que a lo largo del proceso fueron intercambiando autor, director y escenógrafo. Los actores se metieron tanto

en sus personajes que, además de consultar la bibliografía disponible, decidieron venir, para ambientarse, a recorrer los rincones de la Residencia. Cuando se les propuso que el 1 de octubre de 2010 —coincidiendo con el día en que, hacía precisamente cien años, la Residencia abrió por primera vez sus puertas— ofrecieran en su salón de actos un ensayo abierto de la obra, aceptaron con entusiasmo hacer un trabajo que resultó emocionante.

Para la Residencia fue todo un honor y un motivo de alegría que tantas personas de talento se hubieran reunido en torno a una de las iniciativas más destacadas de su centenario. Por eso agradece la oportunidad que, con su colaboración, ha brindado el Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática para publicar de nuevo *La colmena científica o El café de Negrín*, una obra especialmente querida por esta casa, que actualiza unos valores que hoy conviene tener muy presentes y que saca a la luz uno de tantos episodios con los que los exiliados españoles trataron de avivar los

brillantes proyectos que protagonizaron en su país hasta la guerra civil, antes de que la contienda acabara con los logros e ilusiones de todos los que se vieron obligados a abandonar España para vivir desde entonces en un exilio no elegido ni deseado.

Residencia de Estudiantes

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Es muy posible que quien lea este ejemplar no tenga otro de la primera edición, de modo que creo que debo recordar aquí algunas cosas. Por ejemplo, que la propuesta llegó a mí en diciembre de 2009 por una llamada de Isabel Navarro, y que ya entonces el Centro Dramático Nacional (CDN) y la Residencia de Estudiantes sabían que querían una obra sobre los científicos de la Residencia en su primera época, un aspecto menos conocido, ya que esos primeros veintiséis años han quedado marcados en el imaginario colectivo por la ardiente presencia de tres genios artísticos: Lorca, Dalí y Buñuel. Con esta obra tendría la oportunidad de mostrar, en las pocas pinceladas que permiten las páginas de una pieza de teatro, el rico mundo científico e intelectual de aquellos días en la colina, su calidad de lugar de encuentro para grandes artistas, investigadores y pensadores de todo el mundo.

Partimos de un pequeño lugar, el Laboratorio de Fisiología de don Juan Negrín, ubicado en el edificio que conocemos como el Transatlántico, y comencé a poblar aquel lugar con personajes que lo habitaron. Investigué sobre el universo del que formaba parte la Residencia —la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, el Instituto-Escuela, la Residencia de Señoritas, los laboratorios promovidos por Ramón y Cajal, colegios como el Cervantes de la glorieta de Cuatro Caminos...— y la invisible amalgama para todos esos elementos que se definía con la expresión «el espíritu de la casa». Conté con el apoyo decidido y generoso de Alicia Gómez-Navarro y José García-Velasco. Repito palabras del prólogo de la primera edición: «Qué queremos que sea España. Yo quiero que sea un país que se parezca a ese proyecto».

No quiero dejar de mencionar nombres de autores que consulté, porque lo mejor de un libro es que lleve al camino de otros libros:

Carlos Corral, Marino Gómez-Santos, Gabriel Jackson, Alberto Jiménez Fraud, Ángel Llorca, José Moreno Villa, Fernando Pérez Peña, Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Colette y Jean-Claude Rabaté, Carmen de Zulueta, Santiago Ramón y Cajal, Jesús Bal y Gay, Isaac Costero, Francisco García-Valdecasas, Carmen Magallón Portolés, José Puche, José Manuel Sánchez Ron, Miguel de Unamuno... Y los catálogos de la Residencia sobre la generación del 27, Moreno Villa, la Junta para Ampliación de Estudios o Severo Ochoa; el catálogo sobre Buñuel del Museo Nacional Reina Sofía; los fondos del Centro de Documentación Teatral; la edición facsímil de la colección completa de la revista *Residencia*; los documentos de Ángel Llorca y Justa Freire, sus apuntes manuscritos, sus diarios, testimonios, entrevistas, a través de la Fundación Ángel Llorca. Conservo notas de mi amiga Elena Escudero, médica y meiga, entonces estudiante, que me explicó en qué consistían todos los experimentos descritos por Carlos Corral en su libro y me aseguró

que en mis páginas no había escrito ninguna barbaridad.

Esta obra fue mi primer trabajo con Ernesto Caballero. Descubrimos que nos entendemos de maravilla, lo que ha dado pie a dos colaboraciones más, *El laberinto mágico* y *Un bar bajo la arena*; y las que vendrán. La maestría de Ernesto hizo de la puesta en escena una prodigiosa zaranda que fue filtrando sobre el escenario sólo lo que la función necesitaba, dejando para las páginas del libro muchos momentos de la obra que, o bien no eran necesarios para una puesta en escena eficaz, o bien suponían problemas difíciles para la producción. Así, sacrificamos la presencia de personajes como Marie Curie y Grande Covián, al tiempo que se inventó un recurso mágico para dar presencia a Miguel de Unamuno, un coro de cuatro actores.

Se propuso hacer un ensayo general con público en la Residencia. Entendí que se iba a hacer un ensayo general allí para las personas que habitan hoy «la Resi», para su reducido e incansable equipo (Rosario,

Emilia, María Luisa, Belén...), para los becarios. Pero aquella convocatoria incluía a personas que eran parte de nuestra historia: los hijos de Corral, Laura García-Lorca, Margarita Salas... Fue, claro, mucho más que una función de teatro. Recuerdo las lágrimas de José García-Velasco, que en eso de la lágrima fácil también somos hermanos. Recuerdo la emoción de estar haciendo la obra en aquel lugar donde es tan sencillo imaginar los ecos de aquellas voces. Descubrí hace poco, en la exposición *Laboratorios de la nueva educación* organizada por la Institución Libre de Enseñanza, que existe una grabación en vídeo de aquel ensayo general, para quien quiera recuperar aquella tarde.

Llegó el estreno, en la pequeña Sala de la Princesa del Teatro María Guerrero. José Luis Esteban, David Luque, Lola Manzano, Paco Ochoa, Iñaki Rikarte y Pedro Ocaña. El espacio bello y lleno de significado creado por Curt Allen. La maestría de Juan Gómez Cornejo para iluminar una sala tan pequeña y difícil. La satisfacción de haber cumplido

con una historia que el teatro ayudará a recordar. Luego, fuera, conversaciones con Alicia y con Carmen Negrín, que se sorprendía ante el profundo estudio que David Luque había hecho de su personaje, el doctor Negrín. Y andaban por allí dos becarios de la Residencia, una química y un poeta, que tomaban el testigo de todo aquello.

La obra hizo su temporada en Madrid, despertando el interés de personas vinculadas a la Residencia y a todo aquel universo, desde Lledó hasta Gabilondo, y dejando aquella historia en el oído de muchos jóvenes. Después giró por varias ciudades a lo largo de 2011. Mencionaré tres: Las Palmas, en primavera, con el Teatro Cuyás lleno durante varios días con estudiantes de los institutos de la isla —y una conversación con ellos, con una sala llena de jóvenes que hoy habrán terminado sus carreras y llevarán en algún rincón de su imaginario algo de aquel espíritu libre y tolerante—; Salamanca, donde el rector de la universidad, el heredero de Unamuno, pronunció unas palabras antes de comenzar la

función, en la que el actor canario Paco Déniz asumió el papel de Juan Negrín en un día especialmente difícil, pues acababa de conocer la muerte de su padre (así es este oficio); y París. La función terminó su gira en el Festival Don Quijote de París, en noviembre de 2011. Recuerdo que su director me mostró una carta de una anciana española a la que había invitado: la mujer excusaba asistir por su precaria salud y contaba que ella fue una de esos niños a los que Ángel Llorca acompañó a Valencia en 1936...

En aquellos mismos días de noviembre —creo que el día 11, porque recuerdo que presencié la ceremonia de celebración del armisticio en la plaza de Rennes— recibí una llamada de la ministra de Cultura. Me habían concedido el Premio Nacional de Literatura por *La colmena científica*. La ministra era entonces la escritora Ángeles González-Sinde, una mujer muy inteligente con un inquebrantable sentido del humor. Aquel lío me encontró en Francia y tardé una semana más en volver a Madrid. Allí me esperaba un montón

de recortes de prensa en los que se repetía una foto que había distribuido el Centro Dramático Nacional y que, diez años después, sigue siendo lo primero que aparece cuando se me menciona. Yo me he hecho viejo en estos diez años, aunque esa fotografía seguirá, me temo, dando una imagen sin canas que se repetirá en mis obituarios.

Celebramos el premio con una comida de toda la compañía, más Piru Navarro, origen de todo, en el salón de actos de la Residencia. Se me ocurrió pedir a Alicia Gómez-Navarro que avisaran a aquel becario, poeta y dramaturgo, que había asistido al estreno, Carlos Contreras. Recuerdo que dije: «Os presento a Federico García Lorca». Aquel joven burgalés ha estrenado después en el CDN, ha ganado el Premio Calderón y ahí sigue peleando. Otro fruto de la Residencia.

Luego pasaron muchas cosas. En estos diez años he ido acumulando recuerdos del camino que hizo *La colmena científica*. En teatro, tal vez más claramente que en otros géneros, una obra sigue escribiéndose una

vez que se desprende de las manos de su autor. Otros, los que la representan y los que asisten a las funciones, los que la leen, los que la traducen, vuelven a escribirla, la pueblan con nuevos significados que habitan las palabras impresas, con nuevas formas de leer esas palabras. Recuerdo el infinito cruce de mensajes con el meticuloso traductor japonés Yoichi Tajiri y la emoción al recibir el libro con la obra traducida en ese idioma, así como el libro con la traducción serbia de Branislav Djordjevic; recuerdo a Alicia Gómez-Navarro recibiendo con solemnidad en la biblioteca de la Residencia la *tesi di laurea* de la joven Rossella Gentile, de la Universidad de Pisa, que incluía la traducción de *La colmena* al italiano. Me recuerdo hablando con los estudiantes del Instituto Isabel la Católica, que fue entre 1928 y 1936 la sede del Retiro del Instituto-Escuela, en una mañana en que me enseñaron las notas de Julio Caro Baroja...

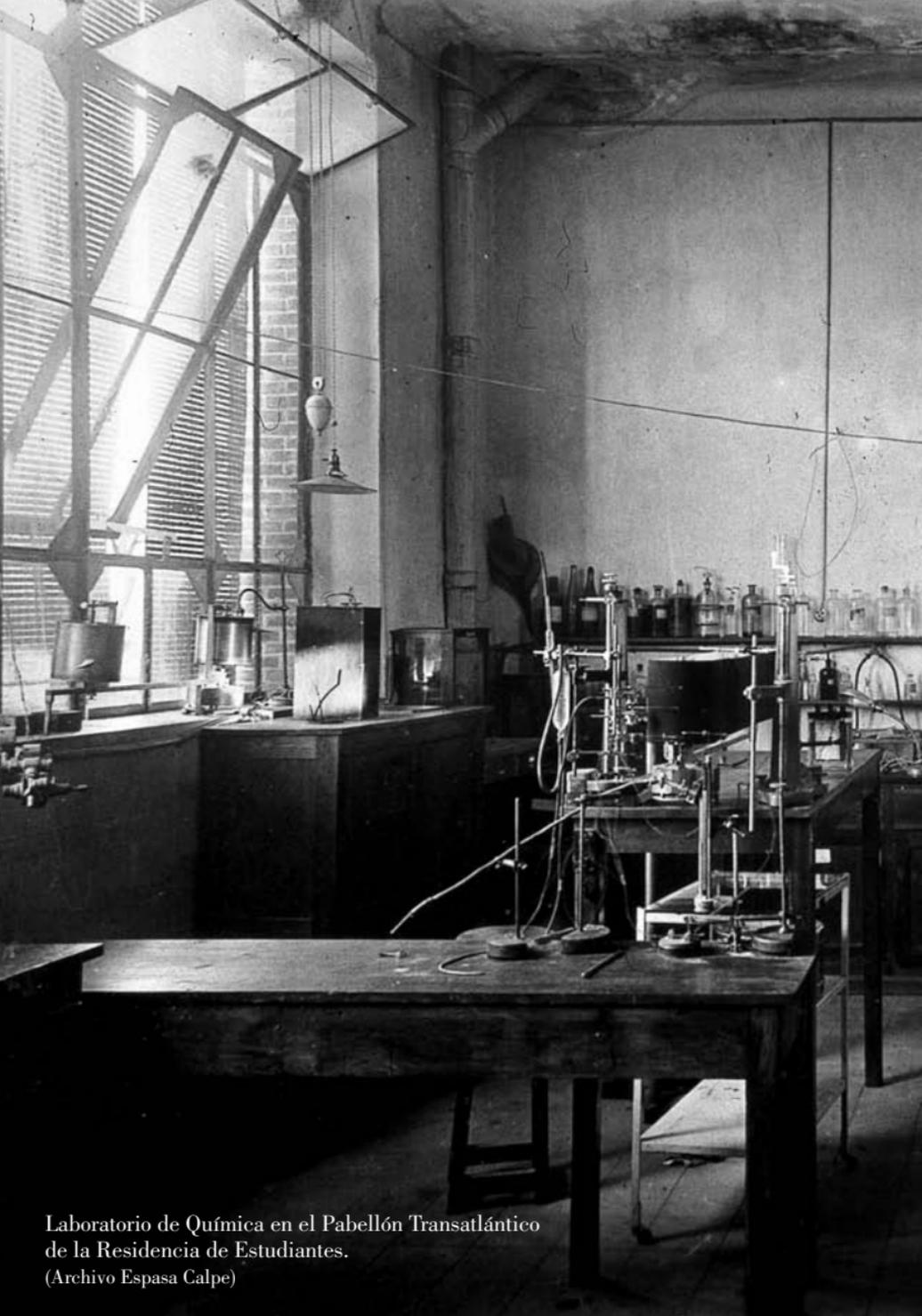
El texto que se publica en este libro es el que se publicó entonces, el que recibió

el Premio Nacional de Literatura. Un texto bastante más largo que el que llegó al escenario. En cualquier caso, un cofre demasiado pequeño para guardar el inmenso tesoro que fueron aquellos años. Por eso, hace casi una década comencé a imaginar una novela en la que pudiera aparecer aquel Madrid donde Lorca se cruzase en la plaza de Santa Ana con la niña Carmen Amaya o con Igor Stravinsky; en la que tuvieran alguna página personas como Castillejo, Jiménez Fraud, María de Maeztu, Marañón, Pío del Río, Carter, Dalí, Barradas, Lejárraga, Pepita Díaz, Encarna López, Buñuel, Valle, Alfonso Reyes, Orueta, Paco Lorca, Pepín Bello, Juan Ramón... Tanto me estoy divirtiendo, que me parece que no la voy a terminar nunca, por más que José García-Velasco le cuente a todo el mundo que la tengo ya medio acabada. Si la termino, llevará en su primera página una frase del actor Santiago Ramos. Una tarde de 2010, al salir de ver *La colmena científica*, Santiago me estrechó la mano y me dijo: «Yo quiero ser un español de esa España».

Puede ser. Yo creo que puede ser. Porque hay una nueva Residencia. Hace apenas unas semanas asistí a una serie de coloquios organizados por los becarios que hoy, en 2021, ocupan esas habitaciones que ocuparon los Ochoa, Grande Covián, Bello, Dalí, Navaz, Salas, Buñuel. Como un libro tiene la mágica condición de vivir más de cien años, quien lea esto dentro de cien años sabrá si existen institutos o calles o laboratorios que se llamen Ana María Winter, Aarón Terán, Adrián Maceda, Águeda Sáenz, Beatriz Martínez...

Porque el espíritu de la casa sigue vivo.

José Ramón Fernández



Laboratorio de Química en el Pabellón Transatlántico
de la Residencia de Estudiantes.
(Archivo Espasa Calpe)

La colmena científica
o El café de Negrín



*Las cerezas de los recuerdos
tiran unas de las otras...*

(José Moreno Villa,
Vida en claro, México, 1944)

Transcurridos cinco lustros, quedan allí quienes guardan respeto por lo que hicimos y quienes comparten lo que aspiramos a realizar: una Patria donde quepan los españoles todos, cabal, no adolorida, sin enconos. Una España universal, como otras veces, reconciliada, presta al ejercicio de virtudes sustanciales, suscitadora de energía, de entusiasmos y de realidades nuevas, digna de las generaciones que pasaron y ejemplo para las que van surgiendo. También, creemos percibir algunas voces que dejaron de ser airadas y muéstranse comprensivas ahora. Con la emoción de estos recuerdos y desde esta rivera, que nos acoge amiga, quisiera invocar a aquellos españoles, que ya no hemos podido conocer pero que amamos, para que aprendan a vivir con libertad y con esperanza y se esfuercen en lograr para todos mejor entendimiento y dignidad humanos.

(José Puche, «El Laboratorio de Fisiología»,
Residencia, México, diciembre de 1963)

DRAMATIS PERSONAE



José Moreno Villa. Poeta, pintor, archivero. Residente desde 1917.



Severo Ochoa. Estudiante de Medicina que se forma en el Laboratorio de Fisiología de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) en la Residencia de Estudiantes. Residente desde 1927. Premio Nobel de Medicina en 1959.



Juan Negrín. Director del Laboratorio de Fisiología de la JAE en la Residencia de Estudiantes desde 1916. Miembro de la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes.



Santiago Ramón y Cajal. Presidente de la JAE desde 1907. Premio Nobel de Medicina en 1906.



Justa Freire. Maestra del Grupo Escolar Cervantes. Pensionada por la JAE y miembro de la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes.



Francisco Grande Covián. Estudiante de Medicina que se forma en el Laboratorio de Fisiología de la Residencia de Estudiantes. Residente desde 1926.



Ángel Llorca. Maestro de escuela y pedagogo. Director del Grupo Escolar Cervantes. Residente desde 1913.



Miguel de Unamuno. Joven honorario y perfecto residente.



Marie Curie. Imparte conferencias en la Residencia de Estudiantes en 1919 y 1931. En 1933 preside la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones, que se reunió en la Residencia de Estudiantes. Premio Nobel de Física en 1903 y de Química en 1911.

Pilar Brea González. Auxiliar del Laboratorio de Fisiología de la JAE en la Residencia de Estudiantes.

Esta historia, evocada desde México en 1946 por José Moreno Villa, sucede entre 1925 y 1936 en el Laboratorio de Fisiología ubicado en el Pabellón Transatlántico de la Residencia de Estudiantes de Madrid.

José Moreno Villa, México, años cincuenta.
(Archivo particular, México D.F.)



ESCENA

1

Esta historia la podrían contar Severo Ochoa, Juan Negrín, Santiago Ramón y Cajal, Ángel Llorca, Justa Freire, Miguel de Unamuno, Francisco Grande Covián, Marie Curie y José Moreno Villa.

Esta historia podría comenzar mientras un grupo de jóvenes, tal vez actores, tal vez residentes, toman café y miran objetos, dibujos y fotografías.

Esta historia podría comenzar en Nueva York. En días dulces de paz recién estrenada. Podría sonar música tan alegre que a uno le costase no querer bailar. Canciones como «It's Only a Paper Moon», por Nat King Cole, o «You Don't Have to Know the Language», por Bing Crosby con las Andrews Sisters. Un locutor podría hablar por la radio alegremente, contando noticias que no hacen daño, como el comienzo de la NBA.

SPEAKER.— ... So we can say hello, New York, in November nineteen forty-six. We have started this month with the first game of the

National Basketball Association of America: The New York Knicks played against the Toronto Huskies at the Maple Leaf Gardens. And the Knicks won sixty-eight to sixty-six. But maybe the best way to say hello to this month is music. Here we have...

Esta historia podría comenzar con el abrazo de dos hombres en Nueva York, en 1946. Con la felicidad del reencuentro de dos amigos. Son Severo Ochoa y Juan Negrín.

Esta historia podría comenzar en México. José Moreno Villa deja que el sol de la tarde-cita acaricie sus ojos cerrados.

MORENO VILLA.— Las cerezas de los recuerdos tiran unas de las otras. Ha sido en Nueva York, hace unas semanas. Las noticias llegan enseguida a nuestra tertulia. Allí las saboreamos con un empeño meticuloso. La postal le llegó a José María de Corral, a su despacho de director del laboratorio. José María se pudo quedar en España y ahora es el director del Laboratorio de Fisiología, a

pesar de que trabajó con Negrín. Esa postal es muy importante para mí, porque habla de mis amigos.

Esta historia podría comenzar con las palabras escritas en una postal. Una tarjeta con una fotografía coloreada: el Empire State Building de Nueva York, sobre un cielo claro. Un azul de mañana de verano.

OCHOA.— Profesor José María de Corral. Laboratorio de Fisiología. Facultad de Medicina. Atocha, 104. Madrid. Spain.

NEGRÍN.— New York, 20 de noviembre de 1946. Mi querido y buen amigo: en todos los años transcurridos no he dejado nunca de recordar con afecto al buen amigo y colega y con cariño a los suyos. Presente mis respetos a su señora y reciba un abrazo de su viejo amigo Negrín.

OCHOA.— Afectuosos saludos. Severo Ochoa.
Severo se habrá sorprendido al abrazar a Negrín. Habrá encontrado poco parecido entre aquel hombre fuerte y enérgico y este anciano;

este hombre enfermo y vencido que no sabe muy bien cómo ha sobrevivido a una guerra y a cuatro o cinco infartos. A Negrín le habrá costado reconocer en ese eminente profesor de cuarenta años al chico de veinte que entró una tarde de septiembre en el Laboratorio de Fisiología de la Residencia.

MORENO VILLA.— En la tertulia hay muchos compañeros de Corral y de Ochoa. México es hoy una reunión de viejos amigos de la Residencia de Estudiantes. Alfonso Reyes, Ugarte... Buñuel se instaló el mes pasado con su familia, en la calle del Nilo. Me encuentro a menudo con médicos que se formaron en el laboratorio de la Residencia: Puche, Valdecasas, Méndez, Cirera, Castañeda... La tierra bendita de México guarda ahora lo mejor que hizo Negrín en su vida. Lo que Negrín le ha dado al mundo.

A todos los conocí entonces, tomando café... Hemos pensado en España sin lágrimas, como siempre. Es una de nuestras reglas. A la tertulia se viene llorado. Hablamos

mucho de España. Nos pasamos las horas hablando de España. Soñando con volver. Algunas tardes, cuando el sol es dulce, cierro los ojos y vuelvo a España, y tomo café con Negrín, y con Llorca, y con Jiménez Fraud, y con Unamuno...

Vuelvo a España y a los años dulces de los Altos del Hipódromo. El cielo inolvidable de Madrid, que en 1925 visitó un dirigible gigantesco. Las cerezas de los recuerdos tiran unas de las otras.

Esta historia podría comenzar en 1925, en la Residencia de Estudiantes de Madrid.



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes